

EL PORVENIR DEL OBRERO

El hambre

Frecuentemente nos preguntamos cómo los hambrientos, tan numerosos en todas las épocas, han podido soportar durante tantos siglos y soportan aun hoy las dolorosas angustias del hambre, consintiendo que sus cuerpos se debiliten hasta la inanición. La historia del pasado nos lo explica. Es que durante el período de aislamiento primitivo, cuando las familias poco numerosas ó las tribus débiles tenían que hacer grandes esfuerzos para vivir y no podían invocar el santo lazo de la solidaridad humana, ocurría frecuentemente, y hasta muchas veces en todo el curso de la existencia de una generación, que los productos no eran suficientes para satisfacer las necesidades del grupo. En tales circunstancias, ¿qué podían hacer sino resignarse, acostumbrarse lo mejor posible á vivir de hierbas y cortezas, á soportar largos ayunos, esperando que la marea trajese el pescado y que en la ingrata tierra germinara otra cosecha?

Así se acostumbraron los pobres al hambre. Esos hambrientos que vemos errar melancólicamente por delante de las cocinas, de los hoteles y de los escaparates de ultramarinos, obedecen inconscientemente á la moral de la resignación cuya razón de ser se halla en la época en que el ciego destino hería al hombre de un modo irreparable y fatal. Esta moral no debe existir en una sociedad de abundancia y al lado de los hombres que han escrito la palabra «Fraternidad» en todas partes y ponderar sin cesar sus sentimientos filantrópicos. No obstante el anacronismo de la moral de la resignación, el número de desgraciados que se decide á alargar la mano para tomar los alimentos expuestos á la vista del transeunte, es insignificante todavía, porque la debilidad física producida por el hambre aniquila la voluntad, destruye la energía y mata toda iniciativa. En verdad que la *justicia* actual es bastante más severa con los que se atreven á robar un pedazo de pan que lo era la antigua justicia con los bandidos y asesinos. Nuestra moderna Temis ha puesto un pan de trescientos gramos en la balanza y ha establecido que pesa tres años de presidio.

«¡Siempre habrá pobres entre vosotros!» repiten con frecuencia los satisfechos, sobre todo los que conocen los textos sagrados y gustan de pronunciar sentencias melancólicas con doliente acento. «¡Siempre habrá pobres entre vosotros...!» Estas palabras han sido pronunciadas por Dios, dicen los felices, y las repiten ellos; poniendo los ojos en blanco y ahuecando la voz para darles mayor solemnidad. Por estas apócrifas palabras que se suponen divinas, creyeron los desheredados, en los tiempos de pobreza intelectual, que todos sus esfuerzos serían es-

tériles para conquistar el bienestar y, sintiéndose perdidos en este mundo, volvieron los ojos á otro mundo lejano, más allá de la tumba. Por muchos siglos, vagamente, como siente todas las cosas la ignorancia, ha sido para los desgraciados consoladora la creencia en el cielo: «Moriremos de hambre y de dolor en este valle de lágrimas; pero en el cielo, al lado de Dios, donde un sol bienhechor acariciará tibia y eternamente nuestras frentes, donde tendremos por alfombra la vía láctea, no tendremos necesidad de comer y en cambio gozaremos la inmensa, vengadora alegría de oír aullar á nuestros tiranos de hoy, roídos por el tormento y el hambre, por los siglos de los siglos.» Aun hoy no faltan desgraciados que se dejen guiar por tales profecías, pero los más han evolucionado sabiamente y ponen sus miradas en el pan de la tierra, que asegura la vida material, que da carne y sangre; y, enterados de que su derecho está justificado por la abundancia de riquezas existentes, reclaman su parte.

Al propio tiempo que los pontífices de la ciencia, las víctimas del mal funcionamiento social, repiten á su manera la terrible expresión contenida en la ley de Malthus: «El pobre está de más.» Esta fórmula que como axioma matemático lanzó al mundo el célebre eclesiástico protestante hace cerca de un siglo, parece haber encerrado á la sociedad en las formidables mandíbulas de un silogismo. Es incontable el número de miserables que repite con tristeza: «Para nosotros no hay cubierto en el *banquete de la vida*.»

El famoso economista, que era un hombre de bien en sí mismo, vino á dar fuerza á tan cruel conclusión, apoyándola en un verdadero andamiaje de argumentos matemáticos: la población, decía, se doblará normalmente cada veinticinco años, mientras que las subsistencias se acrecentarán según una proporción menos rápida y por consecuencia será necesaria la eliminación anual de los individuos sobrantes. ¿Qué es preciso hacer, según Malthus y sus discípulos, para evitar que la humanidad se vea sometida al sacrificio de la miseria, del hambre y de la peste? Ciertamente nadie se atreve á exigir á los pobres que abandonen generosamente la tierra ni que se sacrifiquen en holocausto de la «santa economía política»; pero se les aconseja privarse de los goces de la familia: ¡nada de entrañables caricias de la mujer querida; nada de goces naturales; es preciso no tener hijos!

Pero si los obreros faltos de previsión, á pesar de la moral consabida, altamente pregonada por los *sabios* defensores de lo existente, no quieren emplear medios preventi-

vos contra el aumento de la población, la naturaleza se encarga de suprimir el excedente. Y esta supresión en nuestra enferma sociedad se hace con mucho mayor amplitud de la que pueda imaginarse el más sombrío pesimista. No son miles, sino millones, las vidas que anualmente reclama el Dios de Malthus. No es difícil calcular aproximadamente el número de los que el destino económico ha condenado á muerte desde el día en que el bárbaro teólogo proclamó su pretendida «ley» que la incoherencia social se ha encargado de convertir en verdadero, al menos durante algún tiempo. En el curso del siglo XIX tres generaciones se han sucedido en Europa. Consultadas las estadísticas de mortalidad, se ve que la vida media de las gentes ricas, por ejemplo, de los habitantes de los barrios confortables y suntuosos de Londres, París y Berna, pasa de sesenta y llega hasta los setenta años. Estas gentes, sin embargo, por la desigualdad misma, no hacen una vida normal y sana; los vicios las corrompen bajo todas las formas, pero el aire, la buena alimentación, la variedad en la residencia y las ocupaciones, las fortalecen y renuevan. Los esclavos de un trabajo sedentario ó excesivo en cuyo ejercicio se ganan el pan, mueren, según confirma la estadística, entre veinte y cuarenta años, ó sea un término medio en Europa de 30 años. Es decir, que sólo viven la mitad del tiempo que vivirían si fuesen libres y dueños de elegir profesión y residencia para trabajar. Mueren precisamente en la edad en que la vida adquiere toda su intensidad; y cada año á la formación de la estadística de la mortalidad nos encontramos que el número de muertos es doble de los que tendríamos en una sociedad de iguales. Así, pues, la mortalidad anual en Europa es próximamente de catorce millones de seres humanos, y puede decirse sin temor á incurrir en error, que seis millones entre ellos han sido asesinados por las bárbaras condiciones sociales en que se vive. ¡Seis millones de muertos por falta de aire puro, de comida sana, de higiene conveniente y trabajo humanitario!...

La situación es, pues, horrorosa, pero una inmensa evolución se ha realizado y anuncia la próxima revolución. Esta evolución ha evidenciado á la ciencia económica que, profetizando la falta de medios de subsistencia y la muerte inevitable de los desheredados, ha descubierto que la humanidad que sufre y pasaba como pobre hasta hace poco tiempo, es poseedora de inmensas riquezas; el ideal de pan para todos no es una utopía. La tierra es suficientemente vasta para abrigarnos á todos en su seno y bastante rica para dar la vida en la abundancia, produce mieses suficientes para que todos

tengamos que comer, plantas fibrosas para que podamos ir vestidos todos los humanos y piedra y cal abundante para que cada cual tenga su casa. Tal es el hecho económico en toda su simplicidad. No sólo es que la tierra produce lo suficiente á la vida de cuantos la habitan, sino que puede duplicar el consumo de éstos. Y puede duplicarlo sin que la ciencia intervenga para hacer que la agricultura salga de sus procedimientos empíricos poniendo á su servicio todos los recursos de que dispone actualmente la física, la química, la meteorología y la mecánica. En la gran familia humana el hambre no es sólo el resultado de un crimen colectivo, es además un absurdo, puesto que los productos exceden dos veces á las necesidades del consumo.

Los pobres andrajosos que pasan por delante de los grandes almacenes y de las pequeñas tiendas saben por experiencia propia que la riqueza social es suficiente para que nadie carezca de lo necesario.

ELÍSEO RECLUS

Derecho á la vida

Los trabajadores, los miembros más útiles de esta mal llamada sociedad humana, los que lo producimos todo, los que después de extraer el acero de las minas, construimos con él las herramientas y las máquinas, los que con éstas labramos la tierra, sembramos el trigo, lo convertimos en harina y amasamos el pan, no tenemos garantido el derecho á la vida.

De nosotros surge todo lo necesario para gozar una vida llena de satisfacciones y comodidades. Nosotros tejemos las telas y paños, con cuyas ropas confeccionamos vestidos y abrigos que resguardan el cuerpo de los rigores de la intemperie.

Nosotros construimos los ladrillos, arrancamos la piedra de las canteras y la tallamos dándole forma artística, y con otros materiales, también obra de nuestro esfuerzo, construimos ciudades, embelleciéndolas con monumentos, parques, jardines, teatros y con hermosas calles ribeteadas de soberbias mansiones con higiénicas habitaciones repletas de artísticos y cómodos muebles en las que con sólo tocar un grifo ó un botón, surge agua, luz, calor y fuerza, que conducimos por medio de tuberías y alambres de uno á otro confín de la ciudad.

Nosotros somos los factores de toda esa riqueza y bienestar; sin embargo, carecemos de pan; de vestido, de casa, de todo. Ni siquiera tenemos garantidos los medios de vivir esa vida miserable que llevamos, puesto que no tenemos asegurado el trabajo que la proporciona, y aún trabajando, nuestro derecho á la vida es casi nulo, puesto que muy poco podemos satisfacer nuestras necesidades materiales y casi nada las morales é intelectuales.

¿Por qué, pues, no tenemos garantido el derecho á la vida, este derecho primordial que disfrutan los animales en su estado natural y de libertad?

Porque el organismo social actual es injusto; porque estando basado en el robo y en la expropiación, por fuerza ha de haber escasez en medio de la abundancia, hambre en medio de la hartura.

La tierra, parte integrante de la Naturaleza, y por lo tanto indispensable á todos, puesto que todos necesitamos de ella para vivir, es objeto de usurpación, es propiedad exclusiva de los usurpadores. Violentamente se apoderaron de ella ayer; violentamente la conservan para sí hoy; violentamente también tendrán que recuperarla los desposeídos mañana, no para erigirse en nuevos propietarios de ella sino para que sea dis-

frutada por todos poniéndola á disposición de todos los humanos.

Y lo mismo que han hecho con los bienes naturales, hacen con los bienes producidos por el trabajo. Se apoderaron de ellos valiéndose de la fuerza bruta sostenida por la ignorancia del pueblo, al que siempre procuraron mantener en idiotéz de automática y crean el capital, que no es otra cosa que trabajo acumulado, es decir, robado á los trabajadores.

Por eso es un robo la propiedad hoy existente; robo sancionado por las leyes que los mismos ladrones confeccionaron. Por eso los que producimos la riqueza social no sólo no tenemos asegurado el derecho á la vida, sino que ni siquiera tenemos asegurado el trabajo embrutecedor, puesto que nuestros explotadores se reservan el derecho de negárnoslo.

¿Qué se debe hacer, pues, para que el ser humano tenga asegurado el derecho á la vida? Es indudable que precisa una transformación radicalísima en el organismo social: el derrumbamiento total de las instituciones actuales. Hasta después de haber barrido todo lo existente político y hasta después de haber canstituído la nueva sociedad basada en el productor con cuyo trabajo el hombre tenga asegurado todo lo necesario á la vida, no habrá justicia en la tierra.

Precisa una completa revolución social. Precisa abolir la explotación del hombre por el hombre, lo que sólo se logrará con la expropiación forzosa de la propiedad individual de los bienes que con justicia pertenecen á todos.

Sólo con la asociación universal de productores libres podrá ser un hecho la verdadera sociedad humana sin tiranos ni explotadores parásitos y, por consiguiente con el derecho á la vida asegurado, puesto que siendo todo producido por todos, todo pertenece á todos también.

El derecho á la vida solamente puede garantizarse en una sociedad en la que los socios estén en igualdad de derechos y deberes, sin leyes draconianas y sin gobierno. Es decir: En Anarquía.

No más religión

A los sofistas, á los timoratos, á todos aquellos en fin, que, satisfechos de su tranquilidad, se horrorizan de la discusión, y se niegan á profundizar en el estudio de las causas y de los efectos para no haber de recurrir á los remedios; á los que convertidos en rémora se oponen á los que piensan, diciéndoles: «¿Por qué atacáis á la religión? ¿No tiene su lado sublime? ¿No inspira la idea de sacrificio? ¿No se considera como el sostén de los débiles? No os sirváis de ella si no la comprendéis, pero dejadla en paz. Es inocente de las fechorías de que se le acusa.»

A esos nos dirigimos, respondiéndoles: ¡No! dejarla en paz sería una cobardía sin nombre; al contrario, debemos hacerle una guerra sin tregua ni compasión, mostrarla tan odiosa como es con sólo presentarla bajo su verdadero aspecto, y para probar que no es tan inofensiva como dicen, les dedicamos las líneas siguientes traducidas directamente del mismo texto de la proclama contrarrevolucionaria fijada en las calles de Orel, Rusia.

Hela aquí en toda su integridad: «LLAMADA POPULAR.—Pronto, si no lo impedimos, Rusia será gobernada por los judíos (médicos, abogados, estudiantes y estudiantas de toda especie de canalla) que han vendido la patria á los japoneses. Ya no habrá emperador, ya no habrá iglesia, sino saqueos, asesinatos, abominaciones. ¡He

aquí, cristianos ortodoxos, á qué punto hemos llegado! Afortunadamente nosotros, pequeños burgueses, comerciantes y campesinos, estamos á punto de oponernos y resistir. ¡Ortodoxos, defendamos nuestra fe, nuestro emperador y la santa Rusia! ¡Mueran los estudiantes y los traidores!»

Pase como inspiración religiosa; pero hay más; es preciso saborear la inocencia de este segundo manifiesto:

«LLAMADA Á LOS HABITANTES DE SMOLENSKO.—Un gran peligro amenaza á nuestra ciudad: los judíos proyectan la matanza de los ortodoxos. Ciudadanos, que los que aman su religión, su patria y su vida se unan contra el enemigo. Hagamos sentir que nosotros, los rusos, tenemos una religión y una patria, no como esos degenerados expulsados de todas partes y despreciados de todos los pueblos y de Dios mismo. ¡Ciudadanos! Si observáis la menor agitación entre los judíos, asesínadlos con sus mujeres y sus hijos, sin piedad, porque de ellos viene todo mal y particularmente el asesinato del gran duque Sergio. Todas las desgracias que afligen nuestro país son obra de los judíos y de sus auxiliares los proletarios y otra canalla de la misma especie. ¡Ciudadanos! en defensa del emperador y de la patria, mueran los judíos y con ellos los proletarios.»

Guardamos para la última la proclama distribuída en Odessa, dice así:

«Unión nacionalista de las ciudades de Kiew, Nicolaieff, Odessa, Kerson, Kichineff, Bendery, Ackerman, etc.

Las perturbaciones que se han producido y se producen en Rusia son debidas á nuestra negligencia y á la vida soporífera que llevamos hace muchos años, sin fijar nuestra atención en los muchos enemigos que nos rodean.

Los gritos de «¡abajo la autocracia! ¡abajo el gobierno! ¡abajo el emperador!» son proferidos por los bebedores de sangre llamados judíos, armenios, polacos, etc., quienes quieren tomar el poder en sus manos rapaces y dominar las gentes que durante muchos años han derramado su sangre rusa por la fe y por el emperador.

Nuestra liga, que cuenta ya cerca de trescientos mil adherentes, vigila actualmente á los judíos y otros pueblos disidentes, que siembran el dinero á manos llenas para impulsar á los obreros á la rebeldía. De ese modo cuentan desorganizar el país, conquistar para ellos todos los derechos y esperar después reinar sobre nosotros.

Por los judíos han caído tan bajo Polonia y Francia, y ahora querrían á toda costa hacer partícipe de la misma suerte á la santa Rusia.

¡Amigos, desconfiad de los judíos! ¡Pronto llegara el día bendito en que no haya judíos en Rusia! Todo el mal, todas nuestras desgracias proceden de los judíos. ¡Abajo los traidores! ¡Abajo la constitución! ¡Viva nuestro padrecito el emperador!»

Todo comentario sería superfluo, y no haría sino disminuir la importancia de esas lucubraciones escogidas; pero no se nos pregunte más por qué odiamos las religiones y deseamos que cesen cuanto antes de emponzoñar la humanidad.

LEOFOLDINA BONNARD

Para ser gran propietario, es decir, para vivir independiente, de renta y seguro, son necesarios por lo menos cien mil francos de capital.

Ahora bien; para ahorrar cien mil francos, un trabajador que tuviera la suerte de economizar cien francos al año, debería trabajar... mil años.

Y dicen que la propiedad es el fruto del trabajo.

IL SEME

ELÍSEO RECLUS

Acaba de morir el ilustre catedrático de la Universidad libre de Bruselas, uno de los más grandes sabios de nuestro tiempo.

Su *Geografía* es la verdadera enciclopedia del siglo XIX.

Ha vivido 75 años, dedicados al estudio, á la investigación científica y á la popularización de los frutos de su inmenso trabajo.

Pero, además de sabio, era también hombre de corazón. Estuvo en París en 1871 entre los comunales, mereciendo el honor de una condena por los tribunales de Thiers el sanguinario.

Reclus ha sido un anarquista convencido y militante hasta su última hora. Militante del libro, del folleto y del periódico. Ha contribuido á hacer muchos anarquistas, no sólo entre los obreros, sino también entre los hombres estudiosos, porque las obras de Reclus, llevan el sello del gran talento que á la vez que produce admiración cautiva el entendimiento.

En la práctica de la vida demostró siempre lo arraigado de sus convicciones, como lo prueba el haber rechazado para el matrimonio de sus hijas el concurso de la Religión y del Estado.

Hoy honramos el periódico publicando uno de sus hermosos trabajos.

Los anarquistas no tenemos santos, ni siquiera bajo la forma de *santos de la humanidad*. Pero la memoria de los grandes hombres queda en sus obras.

La Ley

La ley es un producto relativamente moderno, pues la humanidad ha vivido siglos y siglos sin tener ley alguna escrita, ni siquiera grabada en símbolos sobre piedra á la entrada de los templos. En esa época las relaciones de los hombres se reglamentaban por las simples costumbres, por los usos habituales, que la constante repetición hace venerables y que cada uno adquiere desde su infancia, como aprende á procurarse el alimento cazando y usar los animales para la agricultura.

Todas las sociedades humanas han pasado por esa fase primitiva, y en el presente gran parte de la humanidad no conoce leyes escritas. Los pueblos primitivos tienen usos, costumbres, un «derecho rutinario», como dicen los juristas, tienen hábitos sociales, y esto basta para mantener las buenas relaciones entre los habitantes de la villa, de la tribu y de la comunidad. Entre nosotros mismos, hombres civilizados, cuando salimos de las grandes ciudades y nos dirigimos al campo, vemos que las relaciones mutuas entre los habitantes se arreglan, no según la ley escrita de los legisladores, sino según las antiguas costumbres, generalmente aceptadas. Los campesinos de Rusia, Italia, España y de una buena parte de Francia é Inglaterra no tienen idea alguna de la ley escrita; ésta se inmiscuye en su vida solamente para arreglar sus relaciones con el Estado; en cuanto á las relaciones entre ellos, algunas veces muy complicadas, las arreglan simplemente según las viejas costumbres.

Antes era esta la regla que seguía toda la humanidad.

Cuando se analizan las costumbres de los pueblos primitivos se ven bien marcadas dos corrientes distintas.

Mientras el hombre no vive solitario, se elaboran en él usos y costumbres útiles á la conservación de la sociedad y á la propagación de la raza. Sin los sentimientos de so-

ciabilidad, sin las prácticas de la solidaridad, la vida en común hubiera sido absolutamente imposible. Y estos sentimientos y prácticas no es la ley la que los ha establecido; son anteriores á todas las leyes. Ni es la religión la que los ha prescrito; son anteriores á toda religión; se encuentran entre todos los animales que viven en sociedad; se desenvuelven por la fuerza misma de las cosas; como las acciones que el hombre llama instintivas en los animales, provienen de una evolución útil, necesaria para mantener la sociedad en la lucha que por la existencia debe sostener. Los salvajes acaban por no comerse unos á otros porque encuentran que es mucho más ventajoso entregarse á otra clase de cultura, en vez de procurarse una vez al año el placer de nutrirse con la carne de un viejo pariente. En el seno de las tribus absolutamente independientes, que no conocen ni leyes, ni jefes, cuyas costumbres nos han descrito muchos viajeros, los miembros de una misma tribu dejan de darse cuchilladas á cada disputa, porque la costumbre de vivir en sociedad ha acabado por desenvolver en ellos cierto sentimiento de fraternidad y de solidaridad; prefieren dirigirse á un tercero para ventilar sus cuestiones.

La hospitalidad de los pueblos primitivos, el respeto á la vida humana, el sentimiento de reciprocidad, la compasión para con los débiles, la bravura, hasta el sacrificio de sí mismo en interés de otro, practicado al principio con los niños y los amigos, y extendido más tarde, á los miembros de la sociedad. Todas esas cualidades se desenvuelven en el hombre anteriormente á las leyes, independientemente de la religión, como en todos los animales sociales. Esos sentimientos y esas prácticas son el resultado inevitable de la vida en sociedad. Sin ser inherentes al hombre (como dicen los sacerdotes y los metafísicos), esas cualidades son la consecuencia de la vida en común.

KROPOTKIN

Diálogo

Madre obrera y madre burguesa

—¡No hay consuelo para mí! ¡No puede haberlo!

—¿Qué le ocurre á usted, señora?

—¡Me ocurre la pena más grande que puede ocurrirle á una madre! ¡¡Hijo de mi alma!!

—¿Se le ha muerto algún hijo?

—¡No, muerto no; pero quizás le habrá ocurrido algo peor, porque si se me hubiera muerto hubiera espirado en mis brazos y en mi boca pegada á la suya hubiera depositado su último aliento!

—¿Qué le ha ocurrido entonces?

—Pues que mi hijo, el más gallardo y gentil de los mozos del pueblo, hoy se me lo han llevado al servicio militar.

—¡Bah! Yo creí que fuera cosa peor lo que le ocurre. Por eso debiera estar contenta y orgullosa, por tener un hijo que ha ido á cumplir sus deberes para con la patria.

—¡La patria...! ¡La patria...! ¿Que entiendo yo de patria, ni qué me importa á mí la patria? De lo único que entiendo yo, y es lo que me importa, es de que á mi hijo se lo han llevado al servicio militar y que no volveré á verlo porque morirá, me lo matarán de un balazo en la guerra, que, como dice todo el mundo, se avecina.

—Aunque así fuera, debe usted tener conformidad, señora, porque los que mueren por la patria mueren honrados y honran á la familia.

—¿Y me dice usted á mí eso cuando sé que tiene cuatro hijos y que para todos buscó sustitutos librándoles de ir á defender á eso que usted llama patria, y que tan honroso dice, es defenderla y morir por ella?

—Es que... y... por...
—¡Sí; si ya lo comprendo, no se esfuerce

en darme explicaciones vanas, excusas tonas, que no las he de creer, porque lo que creo es que esa patria quiere usted que se la defiendan, que la sirvan, que mueran por ella los hijos de otras madres, sus hijos no!

—Es que á mí me ha costado el dinero el poner los cuatro sustitutos de mis hijos.

—¡El dinero!... ¡Maldito sea el dinero! ¡Yo también lo he buscado en vano para librar á mi hijo! ¿Por qué no tendré yo también dinero? ¡Hijo mío, mi pobreza te aleja de mí y en tu desamparo te verás expuesto á los mayores peligros!...

—Señora, confórmese usted con la voluntad de Dios, pues esa ha sido la que ha permitido, para probarla, que pase usted por la triste situación porque atraviesa.

—¡Esa voluntad de Dios es otra cosa por el estilo de lo que me ha dicho usted de la patria! ¡Para todos los sufrimientos siempre tuvo Dios voluntad para que recayeran sobre mi casa, mientras que para la de usted la tuvo para que fueran tan dichosos!

—Pida usted á Dios clemencia y no juzgue sus actos.

—¡Déjese usted de consejas y déjeme dar rienda suelta á mis lágrimas y lamentaciones en demostración de mi gran pena, ya que por carecer del dinero que á usted le sobra, he de pasar por ella y porque las madres de hijos pobres unidas y como leonas que defienden sus cachorros, no nos oponemos con todas nuestras fuerzas á dejarnos arrancar de nuestro regazo á nuestros hijos para nutrir esos ejércitos que van sembrando la muerte y la desolación en los hogares pobres.

—¡Es usted una revolucionaria!

—¡Y usted una mujer sin conciencia!

JOSÉ SÁNCHEZ ROSA

Enseñanzas antialcohólicas

El alcohol y la mortalidad

Si cuanto hemos dicho es exacto, la duración de la vida de las personas que se abstienen de alcohol debe ser superior á la de aquellos que lo beben. Así es, en efecto.

Se había comprobado que los alcohólicos daban el mayor contingente de muertes prematuras y repentinas.

Se había notado igualmente que las mujeres, por término medio, viven más años que los hombres, y no se podía casi atribuir tal privilegio sino á su mayor sobriedad.

Pero la prueba absoluta, matemática, sin réplica, de que la abstinencia de licores prolonga la vida, no ha sido dada hasta hace pocos años por las compañías inglesas de Seguros sobre la vida.

Estas Compañías prometen cierta suma pagadera á la muerte del asegurado, mediante una prima anual, tanto más elevada cuanto más edad cuente el asegurado. Para calcular esta prima, las compañías de seguros tienen *tablas de mortalidad* que las predicen cuántos muertos habrá en un año por cada cien asegurados de la misma edad.

Ahora bien: Muchas compañías inglesas separan en sus cuentas, desde 1866, á los asegurados que no beben alcohol de aquellos que lo beben sin que por eso sean borrachos.

Cosa notable: cada año, con la mayor regularidad, se observa que de cien muertos previstos, esperados en la sección de los bebedores, mueren realmente de noventa á ciento cinco, según los años; mientras que la sección de los abstinentes, del mismo número de fallecimientos previstos, sólo da setenta á setenta y cuatro fallecidos.

Así que, toda vez que estos últimos asegurados viven más y de consiguiente pagan más tiempo sus primas, las compañías las conceden reducciones hasta de quince por ciento.

De Barcelona

Decíamos en nuestro número anterior que Picoret acusaba á los compañeros Miranda y Pujol de ser los autores de la bomba que explotó en la calle de Fernando. En el careo que sostuvo con Miranda, careo que dirigió el Fiscal Sr. Pozzi (cuyo traslado á Sevilla ha sido recibido con alegría por la casi totalidad de la opinión barcelonesa) se sostuvo en sus afirmaciones.

Pujol y Miranda pueden demostrar que no tuvieron ninguna participación en aquel acto.

Ahora bien: ¿cómo puede Picoret acusar á dichos compañeros?

Nosotros no creemos que Picoret sea conscientemente instrumento de los que tienen interés en descubrir á los autores (verdaderos ó falsos) del atentado de la calle de Fernando. Nosotros, y todos los compañeros que han tenido ocasión de tratar á Picoret, teníamos buena opinión de él. ¿Cómo puede, pues, haber llegado á este estado?

Para que los que nos lean puedan formarse cargo haremos relación de algunos detalles que siguieron á la detención de Picoret.

Se sabe de público que mientras estuvo en Mahón en poder de *Memento* se le hizo pasar por diferentes emociones. Mientras unas veces le decían que era un buen chico, que ya sabían que él no era culpable, que eran sus compañeros los que le habían engañado, otras veces se le decía que si él tenía armas la policía las tenía mucho mejores. Se le anunció que todos los de su familia estaban en la cárcel y que por culpa suya todos padecerían. Al hablarle de su padre, á Picoret se le saltaron las lágrimas descubriendo así su cuerda sensible.

En Barcelona se le tuvo bastante tiempo incomunicado en los calabozos del Gobierno Civil, siendo conducido después á la Cárcel Modelo.

Desde que se abrió esta cárcel en Barcelona hemos venido diciendo nosotros y con nosotros muchos periódicos, incluso la prensa diaria, que era una antesala del manicomio. Entre las soledades del calabozo casi sin aire respirable, el preso está continuamente en tensión nerviosa. Pueden cerciorarse de ello los que alguna vez visiten á los presos. En pocos días ha habido tres casos de enajenación mental. Alguno ha llegado hasta el suicidio. Otro caso de suicidio no llegó á consumarse por haber llegado los empleados á tiempo de evitarlo. Los presos que permanecen algún tiempo en aquella cárcel padecen casi todos de anemia cerebral. Y esto no lo decimos solamente nosotros, lo dice todo el mundo en Barcelona y algunos abogados han emprendido una campaña contra esta cárcel.

De ella se ha sacado por dos veces á Picoret, de noche, siendo conducido á la montaña del Coll. Allí se le intimó para que declarara dónde había escondido las bombas. Pueden formarse cargo nuestros lectores de cómo se harían tales intimaciones, sabiendo que estaba allí Tressols y que se trataba de anarquistas.

Picoret es joven, tiene veinte años, y no había estado nunca preso. Repárese todo lo que llevamos dicho y se verá cómo puede haber llegado á acusar á compañeros que son inocentes.

Picoret no está en el pleno uso de sus facultades mentales. Lo dicen así los compañeros que han tenido ocasión de verlo en el despacho del Juez; lo dice su familia, y lo dicen las notas escritas por él que ha logrado sacar de la cárcel.

Si se le dejara comunicar con los compañeros, si se hacían nuevos careos, es fácil que se pudiera poner en claro lo que decimos.

Realmente no se comprende cómo los que por él han sido acusados y niegan tales acusaciones puedan comunicar con el público, y al acusador se le tiene incomunicado, no pudiendo hablar más que con los de

su familia y aún esto teniendo siempre delante algún policía ó empleado de la cárcel.

Hasta se ha dado el caso de negarse á que hablara con él el abogado Sr. Puig de Asprer, contra toda ley, cosa que es fácil ocasionar una protesta.

Seguiremos recogiendo datos y publicándolos á fin de que la opinión vea claro en el asunto.

Es necesario que no pese por más tiempo una acusación tan falsa sobre buenos compañeros.

JULIÁN MONZÓN

ECOS Y COMENTARIOS

Salvadas ya las dificultades que se oponían á la circulación del folleto **LA MUJER**, de nuestra compañera Teresa Claramunt, esta semana dejaremos servidos todos los pedidos que se nos han hecho.

Las oficinas de **EL PORVENIR DEL OBRERO** se han trasladado á la calle del Castillo, número 170. Sírvanse tomar nota los compañeros.

Han sido puestos en libertad los compañeros presos en París con motivo del atentado contra el Rey, excepto Malato y Vallina.

Los libertados extranjeros han recibido la orden de abandonar el territorio francés. Contra ellos no se ha podido probar nada, por esto se les da la libertad, ¿por qué, entonces se les castiga con la expulsión?

Si se les creyese culpables, no les hubieran soltado; si son inocentes ¿á qué viene la expulsión?

Francamente, no sabemos comprender esa justicia republicana.

La Sociedad de obreros carpinteros está en lucha por cuestiones de dignidad obrera.

Por medio de remitidos en *El Liberal* la Sociedad ha demostrado la razón que le asiste, pero más lo ha demostrado el maestro D. Bartolomé Giménez al pretender combatir los acuerdos de la misma Sociedad.

Efectivamente, el Sr. Giménez declara en su remitido que habiendo enviado á uno de sus oficiales, el compañero Bartolomé Juanico, á trabajar en una obra en la calle de la Reina, el propietario de la casa, D. José Ponsetí acusó al operario de que no trabajaba bastante, por cuyo motivo el operario llamó á otro maestro carpintero que examinó el trabajo, hallándole conforme en razón con el tiempo invertido en el mismo.

Ocurrió luego que el Sr. Giménez quiso enviar á otro operario, el compañero Ricardo Monserrat, el cual no quiso ir, por razón de solidaridad con el ofendido.

Entonces el maestro Sr. Giménez, como dice con mucha gracia en el mismo remitido, *no lo despidió*, pero le dijo que *no lo necesitaba*, y para esto ofrece el Sr. Giménez presentar testigos, pues parece tiene mucho interés en que conste que *no lo despidió*, sino que fué el operario quien se marchó cuando el maestro le dijo que *no lo necesitaba*, á pesar de que tenía otros trabajos en que emplearle. No sabemos á que llamará despedir el Sr. Giménez.

Parece también, como dice la Sociedad en su remitido, que el maestro Sr. Giménez había maltratado de palabra otras veces á sus operarios.

En vista de lo cual, la sociedad ha acordado *boicotear*, esto es, que ninguno de los asociados vaya á trabajar en la obra de la calle de la Reina, ni tampoco en los talleres del Sr. Giménez, hasta que se haya dado á los ofendidos una justa satisfacción.

Es notable la facilidad con que los burgueses atropellan á un obrero con cualquier palabrota, como si los obreros tuviesen que ser insensibles y carecer de dignidad. Si un

obrero insultase á un burgués, sería un delito grave, pero cuando el burgués ofende al obrero, si éste protesta entonces llega el caso, como se lee en el remitido del señor Giménez, de «significar su sorpresa ante la manera de proceder del operario añadiendo que no creía que hubiese motivo para tanto.»

Los obreros tienen que conquistar, al mismo tiempo que el pan, la dignidad de hombres, tienen que hacerse respetar contra la antigua costumbre. Por esto es muy digna de aplauso la actitud decidida de la Sociedad de obreros carpinteros.

La compañera de nuestro querido amigo de Alcoy Miguel Martínez, ha dado á luz una hermosa niña á la que han puesto por nombre Agnóstica, personaje protagonista del drama social en tres actos que ha escrito este compañero.

La niña y su madre gozan de una salud que muchos católicos para sí desearan; no obstante nada han de agradecer á la ley en la noble función de parir y nacer.

Igual pensamos nosotros.

Para el día 13 del corriente mes está anunciada la aparición de *El Libertario*, periódico que publicarán nuestros compañeros de Cuba.

El Libertario constará de ocho páginas é insertará trabajos de propaganda anárquico-revolucionaria de nuestros escritores.

Su precio: paquete de 25 ejemplares, 50 centavos; número suelto, 3.

Toda la correspondencia, giros y certificados al Administrador de *El Libertario*, Marqués González, 24.—Habana.

El día 15 del corriente aparecerá en Barcelona *El Nuevo Malthusiano*, en sustitución de *¡Salud y Fuerza!*, que editaba la Liga de Regeneración humana, de aquella capital.

Dirección: Comercio, 98.

Suscripción para los compañeros presos en la cárcel de esta ciudad á consecuencia de las luchas obreras.

SUMA ANTERIOR, 158'75.

MAHÓN

Lorenzo Arnau, 0'25.—Juan Fortuny, 0'25.—María Aragonés, 0'10.—Luis Vila, 0'25.—J. Mir, 1'00.—José Ripoll, 0'20.—Antonio Coll, 0'10.—José Sintés, 0'25.—L. F., 0'25.—Manuel Rotger, 0'25.—Antonio Vidal, 0'10.—Lorenzo Barber, 0'10.—Jaime Camps, 0'30.—Juan Manent, 0'50.—Juan Ferrer, 0'50.—Julio Cabello, 0'25.—Camitas, 0'20.—Lorenzo Carreras, 0'10.—X., 1'00.—Antonio Carreras, 0'25.—N. N. Libertario, 0'30.—A. M., 0'50.—Lorenzo Cloquells, 0'50.—J. M. Zaragoza, 0'15.—Antonio Mir Pérez, 0'10.—Cristóbal Pons, 0'30.—P. E. 0'50. Ballester, 0'25.—J. P. 2'50.—Guillermo Triay, 0'25.—TOTAL, 11'55.

VILLA-CARLOS

Mariano Marí, 0'25.—María Marí, 0'15.—Palmira, 0'75.—Antonio Vidal, 0'25.—Bartolomé Pons, 0'25.—TOTAL, 1'65.

POLLENSA

José Torner, 1'00.

LEBRIJA

José García Fernández, 2'00.

SUMA TOTAL, 174'95.

Si alguno de los donantes para esta suscripción dejase de ver su nombre y cantidad apuntados, sírvase pasar aviso.

CORRESPONDENCIA

Lebrija.—J. G. F. Recibidas 4 pesetas tuyas y 3 de J. C.

Valencia.—J. O. Recibidos sellos. No hemos recibido el paquete que dices.

Bilbao.—R. M. Recibida libranza. Conformes. Los paquetes salen de aquí el viernes. La suscripción de M. termina á fines de Agosto. Aumentamos el paquete.